

tar que yo hiciera un disparate?

SALAZ. No era secreto suyo, y yo le había hecho jurar que nunca pronunciaría mi nombre.

VIUDA. Pero ¿por qué ha traído él entonces esta mañana á la niña, cuya existencia quería usted ocultar y había ocultado siempre á su mujer?

SALAZ. Porque antes de emprender mi largo viaje, quería descubrirselo todo; alcanzar mi perdón, y contando con el cariño y la bondad de mi esposa, reconocer legal y públicamente á mi hija! y eso es lo que ha sucedido.

VIUDA. ¡Vamos! ¡Me han engañado ustedes como á un chino; pero, en fin, si Ricardo había jurado el secreto, y le ha guardado, ha hecho bien. Eso me prueba que es un hombre formal y discreto; que tiene cualidades de persona decente, y que sabe ser hombre de bien cuando hace falta!

SALAZ. ¡Veo que le quiere usted mucho!

VIUDA. ¡Es ridículo á mi edad y con mis circunstancias, lo conozco! ¡Pero todo tiene en el mundo su razón de ser! Yo no he tenido nunca familia; he trabajado toda mi vida como una negra, y al encontrarme ahora rica y ociosa, por un milagro de Dios, he visto que mi corazón necesita amar á alguien. La mujer, tarde ó temprano, no puede vivir sin amar, y ahí tiene usted por qué hay tantas mujeres á cierta edad que, huyendo de los disgustos y los petardos que dan los hombres, se dedican á amar á los gatos, á los perros, á los pájaros, ó á las novenas y sermones de su parroquia. Yo no me puedo contentar todavía con eso, y tengo la debilidad de querer á ese hombre. ¡Qué le hemos de hacer! Yo sé que tengo muchos defectos; que hablo muy alto, que me exaspero fácilmente, y que tengo mal carácter; pero en el fondo, créame usted, no soy mala. ¡Hay una cosa que me saca fuera de juicio, y son las mentiras; no lo puedo remediar! Yo digo siempre lo que pienso, y el pan pan y el vino

vino. Cuando he descubierto que la madre de esa chica vivía, después de jurarme Ricardo que había muerto, mi única idea ha sido la de vengarme de los dos; pero cuando he ido al Registro y he visto esa certificación, con la palabra: «*hija de padres desconocidos*,» seca y helada como una partida de difunto... he recordado mi nacimiento y mi infancia... peores aún que la suya, me he enternecido por esa chica á quien yo no he visto nunca y á quien aborrecía media hora antes. ¡Qué quiere usted... yo soy así... una mujer muy rara! ¿no es cierto? Y me he ido á una porción de tiendas, y lo he traído en mi coche, abajo los tengo, muñecas, y vestidos, y pendientes, y una porción de cosas. ¡Dígala usted que venga, brigadier; déjeme usted que la dé todo eso, que yo vea á mi hija, no á nuestra hija, puesto que es de los dos, y luego me iré, para no volver más! ¡Mire usted que salir ahora con que yo he tenido aventuras de esa clase sin comerlo ni beberlo... tiene gracia!

SALAZ. ¡Usted lo que es... es una buena mujer!...

VIUDA. ¡Demasiado viva!... ¡demasiado sensible y demasiado vehemente!... ¡Pero si yo hubiera tenido un poco de educación, un poco de instrucción y un poco de dinero para empezar, tal vez se hubiera podido hacer algo bueno de mí! De todos modos, yo le agradezco á usted que piense bien de mí; esto me alegra, la verdad, porque usted también es un buen hombre, y de seguro si hubiera uno como usted de cada veinte, el mundo iría algo más derecho: y eso que me ha dado usted el gran chasco. ¡No me hubiera yo figurado nunca que era usted capaz de haber engañado á una pobre mujer, sin casarse con ella, si era libre; ni de andar á caza de aventuras con mujeres de otros, si es casada; vamos, que la cosa no es buena... y que usted no tiene cara de líos!...

SALAZ. ¡Extraña mujer!

VIUDA. En fin, esto se acabó. ¿Quiere usted ser testigo de

mi boda?

SALAZ. Imposible, señora, parto mañana.

VIUDA. ¡Ah, es verdad: se me había olvidado! Pero ¿me permitirá usted que venga, durante su ausencia, á ver alguna vez á esa chiquilla?

SALAZ. Mi mujer y mi hija vienen conmigo. Yo debo permanecer en Filipinas dos años lo menos, y no quiero estar tanto tiempo separado de ellas, ahora sobre todo.

VIUDA. Entonces, antes de irme, quisiera ver á su señora de usted para pedirla perdón por el modo raro con que me he presentado y conducido con ella, y qué diante... dar un beso... á la causa de todo este embrollo... que después de todo... tiene que ser mi hija por fuerza. ¡Carta canta! (Enseñando los papeles.)

SALAZ. Espere usted un momento y las dos vendrán á saludarla. Adios, señora; sea usted dichosa; usted lo merece y yo lo deseo sinceramente.

VIUDA. ¡Adios... compañero!... ¡Iba usted á decirme algo!

SALAZ. (Después de vacilar un momento.) ¡No; nada! (¡Pobre mujer!) (Vase por la derecha.)

ESCENA VII.

LA VIUDA DE LÓPEZ, RICARDO después.

VIUDA. ¡Este hombre tiene algo! Estaba conmovido, impresionado, triste... cosa extraña, puesto que todo se ha arreglado como él deseaba. ¿Por qué se llevará á Filipinas á su mujer? ¡Sin duda para que la otra, la madre verdadera de la chica, no venga aquí á armar una trapatiesta en cuanto vea que la han quitado la hija! ¡Qué raro es todo esto! ¡Ah, eres tú!

Ric. Sí, y venía á decir á usted...

VIUDA. Lo sé todo. Acabo de hablar con el brigadier. Él es el padre y yo te había acusado injustamente. Pero tú hubieras debido decirme la verdad completa, teniendo

confianza en mi, y me hubieras evitado hacer una tontería de graves consecuencias, y que ya no tiene remedio.

RIC. ¿Cuál?

VIUDA. ¡Que he reconocido á Clara como hija mía, en Madrid, mientras su padre, el brigadier, la reconocía aquí!

RIC. ¿Qué dice usted? ¿pero por qué ha hecho usted eso?

VIUDA. Para probarte que yo te quería, aun con hijos de otra mujer.

RIC. Pero eso es un absurdo... ese reconocimiento es nulo... ¿qué ha dicho Salazar?

VIUDA. ¿Salazar? Estar más sério de lo natural. ¡Vamos! parece que todos ustedes son lo mismo. Hasta los que parecen más santos... se escurren. En fin, ya veremos la manera de deshacer esa tontería... si hay posibilidad. Con dinero y abogados todo se consigue. Oye... vamos á otra cosa: ya sabes que yo soy muy curiosa. ¿Tú no conoces á la madre?

RIC. ¿Qué madre?

VIUDA. La madre de la niña. La verdadera.

RIC. No.

VIUDA. ¿Ignoras su nombre?

RIC. No sé más sino que és una mujer distinguida; eso es todo.

VIUDA. ¿No te has encontrado nunca con ella?

RIC. ¿Dónde?

VIUDA. En Pinto, en casa de los otros.

RIC. Nunca. ¿Iba ella acaso?

VIUDA. ¡Ya lo creo!

RIC. ¿Cómo lo sabe usted?

VIUDA. Porque yo quería saberlo todo: los he mandado á uno... y han hablado.

RIC. Yo no he ido más que cuatro ó cinco veces en siete años. Cuando Salazar me lo encargaba.

VIUDA. Te llamaba don Enrique. ¿Por qué era eso?

RIC. Porque yo no quería dar ni mi nombre ni mis señas. Aquellas gentes podían creer...

- VIUDA. ¡Mírame á la cara! (De pronto.)
- RIC. Ya la miro.
- VIUDA. ¿Tú me juras?... (Con desconfianza.)
- RIC. ¿Volvemos á empezar? (Interrumpiéndola.)
- VIUDA. ¿Tú me juras que todo esto es cierto?
- RIC. Si no lo fuera, ¿qué interés podía tener Salazar en reconocer un hijo que no fuera suyo?
- VIUDA. ¡Toma! ¡También yo le he reconocido, y no le había visto en mi vida!
- RIC. Pero no todos son locos como usted.
- VIUDA. Mira. Cada uno lo es en el mundo á su manera.
- RIC. Creo que ya podemos irnos. Nada tenemos que hacer aquí.
- VIUDA. No tienes poca prisa.
- RIC. No nos hemos de quedar aquí hasta el día del juicio.
- VIUDA. ¿No te había convidado Salazar á comer?
- RIC. Sí, pero...
- VIUDA. ¿Lo habías olvidado?
- RIC. No; pero cuando él me invitó, no había usted hecho...
- VIUDA. ¿El qué?
- RIC. Lo que ha hecho usted: esa tontería.
- VIUDA. Esa tontería no es una acción deshonrosa. Y no veo motivo para que nos escapemos como unos ladrones. Sobre todo cuando hay uno de los dos que está convidado á comer, y cuando el otro tiene gana y hasta derecho de que le conviden. Lo natural es que el señor de Salazar me hubiera invitado á mí también... que todos estuvieran aquí reunidos y contentos... y nada de esto es lo que sucede... (y aquí pasa algo... y aquí me engañan... ¡lo conozco! está en la atmósfera...)

ESCENA VIII.

DICHOS, JULIA y CLARITA, á poco SALAZAR.

JULIA. (Haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma, para aparecer tran-

quila y serena.) Mi marido acaba de decirme, señora, la acción generosa que ha llevado usted á cabo, queriendo hacer partícipe á esta niña de su vida y de su fortuna: yo la enseñaré á ser con usted agradecida, como si fuera realmente lo que usted ha querido que sea y lo que la ley la ha hecho. Lo único que siento es que la explicación que hemos tenido hoy mi marido y yo no se haya verificado antes: usted no hubiera encontrado ocasión, es cierto, de darnos esa prueba de buen corazón y elevados sentimientos; pero en cambio la hubiéramos ahorrado á usted la anómala situación en que se encuentra respecto de esa niña y de nosotros. Felizmente, todos los interesados en ello saben lo que deben pensar de usted; y su noble, su generosa conducta, tendrá el premio que merece.

VIUDA. ¿Todo eso quiere decir, que usted me perdona y que quiere usted darme la mano en señal de amistad?

JULIA. Con toda mi alma. (Se la da.)

VIUDA. (Está temblando!..)

JULIA. Debo también dar las gracias al señor de Ruíz, por haberse interesado por esta niña, viéndose precisado á engañar á usted para guardar el secreto de mi marido. (¡No puedo más!) Clara... despídete de este caballero, que nada te debía, y á quien tú debes mucho, sobre todo, desde esta mañana.

CLARITA. ¡Gracias, don Enrique! (Dándole la mano.)

VIUDA. (Mirando á Salazar que entra en escena, y dirigiéndose á Ricardo.) Dale un beso, hombre; puesto que te tiende su carita, y que has pasado por su padre algunas horas.

SALAZ. ¡Dice muy bien esta señora! ¡Un poco más de valor y todo habrá concluido! (Ap. á Julia.)

JULIA. Ahora, da un beso á esa señora que te quiere mucho. (Á Clarita.)

CLARITA. Con mucho gusto.

VIUDA. (¡La niña no sabrá fingir! ¡Veremos!) Ya sabrás, hija mía, que yo vengo á buscarte.

CLARITA. (Sencillamente y haciendo una seña á Julia para indicarla que

recuerda sus recomendaciones del acto segundo.) ¿Para ir donde?

VIUDA. A mi casa.

CLARITA. ¿Por mucho tiempo?

VIUDA. Para siempre. (Observándola.)

CLARITA. ¿Y nos vamos ahora mismo?

VIUDA. Cuando quieras.

CLARITA. Entonces, mañana.

VIUDA. ¿No te da pena separarte de estos señores?

CLARITA. Como la tuve cuando dejé á los que me criaron; pero quiero ya mucho á esta señora, y si usted me promete traerme algunas veces para que la vea...

VIUDA. ¿Y me querrás tú con el tiempo?

CLARITA. Ya la quiero á usted.

VIUDA. ¡Mira, no me digas eso, porque entonces lo voy á sentir doble! ¡Demonio de chica! Vaya, vaya; no hay nada de eso; era una broma. Te quedas aquí siempre con estos señores... y en cuanto á mí, lo probable es que no nos volvamos á ver nunca.

CLARITA. ¿Por qué?

VIUDA. Porque el señor de Salazar se lleva á su mujer de viaje, y esta señora quiere llevarte con ella: pero si algún día necesitas de mí... aquí me tienes... y ¡qué demonio! al fin y al cabo, aunque no sea más que en papel sellado, ¡yo soy tu madre! ¡la segunda! ¡ó la tercera! ¡en fin, una, pero nunca es malo tener una madre de sobresaliente!

CLARITA. Usted me escribirá, y yo la contestaré: y si me vuelvo á quedar sin padres, me iré con usted.

VIUDA. ¡Aquí mienten todos! ¡hasta los chicos!... ¿pero por qué? ¿Qué es lo que hay aquí? ¡Yo haré que se vendan! Mira, hija; para aficionarte á que te vieras conmigo te he traído una porción de juguetes y de chucherías que están abajo en el coche, frente á la verja del jardín. ¿Quieres ir á recogerlos? Anda ve; dile al lacayo que te los suba... de la usted su permiso.

- SALAZ. ¡Ve, hija mía! (Vase Clarita, y se la ve atravesar por el jardín.)
- VIUDA. ¡No tengas cuidado! los caballos son muy mansos. ¡Pobrecilla! ¡qué lista es! ¡cómo corre!... ¡Ay, Dios mío!
- JULIA. ¿Qué es eso?
- VIUDA. (Mirando por la ventana falsamente y no apartando la vista de los demás personajes.) ¡Se ha caído! ¡Tiene toda la cara llena de sangre!
- JULIA. ¡Ah! (Dando un grito horrible y precipitándose hacia la puerta.)
- VIUDA. ¡Vamos! ¡usted es la madre! ¡quieta! ¡estaba segura! ¡No se ha hecho daño ninguno. ¡Soy tan buena cómica como ustedes! ¡He mentido; quería descubrirlo todo!...
- SALAZ. ¡Señora!
- JULIA. ¡Cómo! (Turbada.)
- VIUDA. ¡No tema usted nada! ¡Sé ya cuanto quería saber! (Pausa. Á Ricardo que hace un movimiento.) ¿Me has creído tan estúpida y tan bestia, á pesar de tu práctica, como tú eres infame? ¡Esa niña es hija tuya, y tú la has dejado abandonada casi, en poder de unos tíos cualquiera!... ¡durante siete años... en que la has visto... cuatro ó cinco veces! ¡Tú has seducido, tú has deshonrado á esta mujer, abandonándola después como á tu hija!... ¡y obligando con tus canalladas á este hombre, en cuyos brazos había muerto tu padre, á reconocer como hija suya á tu hija, por salvar el honor de su mujer! Y tú has firmado el reconocimiento como testigo... ¡tú! ¡el padre! ¡cobarde! ¡bandido! ¡y todo eso... para poder vivir á tus anchas, sin trabajar, como un caballero, con el dinero de la Viuda de López! ¡de la antigua criada de una fonda... de una mujer cualquiera como yo... bruta y ordinaria! ¡Querías despachar el honor de la una y la hucha de la otra! ¡nada más que eso! ¡Y las leyes para impedir esas infamias... no las han hecho todavía! ¡Y estos

tipos se tienen por hombres! ¡No, hijo mío! ¡Si los hombres fueran como estos señores, prácticos y positivos, serían peor que fieras! ¡Los hombres, aunque haya pocos, son estos! ¡sensibles, generosos, dignos, decentes! ¡y pensar que iba yo á casarme, que iba yo á entregar mi mano, mi vida, mi porvenir, mi fortuna, á un caballero por este estilo! ¡Mira, si no me contuviera, yo creo que te deshacía!... ¡Vete! lárgate... que yo no te vea.¿Pues no comprendes que si no fuera por mí, hace mucho tiempo que te hubieran echado de aquí á puntapiés?

RIC. Repórtese usted, señora.

VIUDA. Quédate con todo lo que me debes. ¡Quítate de mi vista!... ¿No lo oyes? ¿no lo oyes?

SALAZ. ¡Haga usted lo que yo! ¡Suponga usted que ha muerto!
(Vase Ricardo cínicamente.)

VIUDA. ¡Se acabó! ¡Me dedicaré á los gatos! ¡Los hay mejores! ¡Perdonen ustedes mis gritos! ¡Necesitaba desahogarme! ¡He hecho un gran negocio! ¡Héme aquí, viuda por segunda vez de un marido que no he tenido nunca, y madre de una hija que no ha nacido de mí! Perdóname, niña, (Al ver entrar á Clarita.) mis gritos y mis arranques. ¡No volveré á asustarte, y te querré de lejos puesto que vas á marcharte; pero ya nos volveremos á ver algún día, más tarde, cuando tu padre se convenza de que soy una buena mujer; y más tarde aún, cuando yo esté ya en el hoyo grande y te haya dejado, como hija mía que eres... toda mi fortuna! ¡Esta mañana no tenías familia ninguna, y esta tarde tienes un padre... como hay muy pocos... y dos madres... no del todo malas... yo te respondo! ¡Tú no comprendes gran cosa de todo esto! ¡Tanto mejor; déjate querer y eso te lo explicará mejor que nada!

SALAZ. ¡Corazón humano! ¡grande como el mar! ¡profundo como el cielo! ¡misterioso como el infinito!... (Tendiendo la mano á Julia.) ¡Mujer mía!... (Á la Viuda.) ¡Amiga mía!...

VIUDA. ¡Ahora sí que soy feliz! (Dando la mano á Salazar.)

SALAZ. ¡Hija de mi alma! (Á Clarita.)

CLARITA. (Besando á Salazar.) ¡Padre mío! (Á la Viuda.) ¡Madre
mía! Mamá de mi vida. (Saltando al cuello de Julia.)

FIN DE LA COMEDIA.





1025550

¡Ahora sí que soy libre! (Cuando se
SARCA: ¡Llora de mi alma! ¡Lloro!)
CLARITA: (Después de sollozar.) ¡Pobre mía! ¡A
¡Qué alma de mi vida! (Salta de risa de alegría.)

FIN DE LA COMEDIA.



ZARZUELAS.

A las doce de la noche.....	1	D. Rigoberto Cortina.....	M.
A tiempo y con arte.....	1	Rigoberto Cortina.....	N.
Animales y plantas.....	1	E. Navarro.....	L.
A real y medio la pieza.....	1	E. Navarro.....	L.
Baños sulfurosos.....	1	E. Navarro.....	L.
Círculo nacional.....	1	Manuel Nieto.....	M.
De músicos y locos.....	1	M. Nieto.....	M.
El fonógrafo.....	1	José del Castillo.....	L.
El Barbián de la Persia.....	1	E. Navarro.....	L.
El puesto de las castañas.....	1	E. Navarro.....	L.
El último tranvía.....	1	B. Blasco.....	1/2 L.
Exposición nacional.....	1	Rigoberto Cortina.....	M.
Frutos... coloniales.....	1	Luis Arredo.....	M.
Gandolfo.....	1	N. N.....	L. y M.
La divina zarzuela.....	1	José del Castillo.....	1/2 L.
La Pilarica.....	1	Sres. G. Perrin y Miguel de P.....	L. y M.
Las Carolinas.....	1	D. N. N.....	L.
Miss Eva.....	1	Perrin y Palacios.....	L.
¡Muchacho!.....	1	A. Corsino y Suppé.....	L. y M.
Pastillas de la Mahonesa.....	1	Eduardo Navarro.....	L.
Pintar como querer.....	1	Manuel Nieto.....	M.
¡Quién fuera ella!.....	1	Perrin, Palacios y Nieto.....	L. y
Rosario.....	1	Rigoberto Cortina.....	M.
Un flamenco d' Alboraya.....	1	Rigoberto Cortina.....	M.
Cosas de Madrid.....	2	Arango, Asensio y Viaña.....	L. y M.
De Madrid á los corrales.....	2	Cárlos de Olona.....	L.
Los horrores de la guerra.....	2	Arango y Viaña.....	L. y M.
Mascarada nacional.....	2	Bolumar y Peido.....	L. y M.
Pinafor.....	2	Llanos y Taboada.....	M. y 1/2 L.
El año de la Nanita.....	3	Luis M. de Larra.....	L.
El corazón en la mano.....	3	Miguel E. Tormo.....	L. y M.
El rey reina.....	3	Sres. Tormo y Nieto.....	L. y M.
El viaje á Suiza.....	3	D. M. Echeagaray.....	1/2 L.
El gran Mogol.....	3	Tormo y Andrán.....	L. y M.
Graciela (Ópera).....	3	Francisco Javier Blasco.....	M.
La guerra alegre.....	3	Casademunt y Henrich.....	L. y M.
La guerra y el hogar.....	3	Carmelo Calvo.....	L.
Los dos esclavos.....	3	Antonio Reig.....	L.
Un regalo de boda.....	3	Zapata y Marqués.....	L. y M.